

POP!
K=POP
AE-JUNG

Love story

Para quererla, primero debía quererse



CROSS
BOOKS

AE-JUNG

K=POP:

Love story



CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *K-pop Love Story – Sous les projecteurs*
© del texto: Les Livres du Dragon d'Or, 2019
© de la traducción: María Cárcamo, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-08-22156-2
Depósito legal: B. 25.018-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

El concierto

Aliiiiiiiiice!!!!!! Ya sé que me dijiste que no, pero mis amigas y yo hemos conseguido saltar por encima de un muro. Estamos frente a la puerta de atrás Z1. Ven a abrirnos!!! Venga!!! Por favor!!!

Alice se queda pasmada ante el mensaje.

«¿Va en serio?»

Es imposible que Zoé le haya hecho semejante jugarreta.

Como Alice no llega, aparece un nuevo mensaje:

Aliiiiiice! Rápido! Que van a llegar los de seguridad!!! Ven!!!

«Sí, va en serio...»

Hará como que no ha leído nada y esperará a que Zoé vuelva por donde ha entrado. Va a cerrar la aplicación y, hasta que termine su jornada, pretenderá que no ha visto la botella que su prima ha lanzado a las aguas de internet. Es lo más sensato.

Los bastidores están tranquilos, iluminados solo en determinados lugares por una luz amarillenta que baja del techo.

No hagas como que no lo has leído, estoy viendo la burbuja con tu cara bajar hasta el final de la conversación!

«Mierda.»

Alice suspira y da media vuelta. Había pensado tomarse un descanso, así que tendrá que pasarlo sermoneando a su prima en lugar de bebiendo un vaso de agua mientras se hace a la idea de la intensa noche que le espera. Lleva una hora corriendo de un lado para otro entregando papeles olvidados, micrófonos, pilas para micros, cafés... Todo lo que necesita el equipo de producción para estar listos en una hora.

El último ensayo terminó hace cinco minutos y está segura de que en muy poco tiempo su walkie-talkie empezará a hacer ruidos de nuevo. Zoé es muy

poco oportuna. Alice está ya bastante triste por no haber podido escabullirse cerca del escenario para ver a los 7X, su grupo de K-pop favorito, prepararse para el gran concierto que empieza dentro de nada. Solo ha podido ver algunas partes de lejos: brazos que se movían en el aire, pies, alguna pierna con los pantalones del espectáculo. Ha intentado adivinar quién era quién por el color de las mechas, pero las luces del escenario se lo impedían.

Cuanto más se acerca a la puerta Z1, más se enfada Alice con su prima.

Esta noche, Zoé le está pidiendo demasiado. ¡Meterla en el concierto de los 7X por los bastidores del estadio! Si las pillasen, la despedirían sin contemplaciones, y necesita desesperadamente ese trabajo. Si quiere pagarse los estudios, no tiene elección: debe ahorrar. Zoé no la entiende porque sus padres le pagan la carrera de Derecho. A Alice ya le cuesta aceptar que su prima la aloje en su apartamento de estudiante, por eso quiere costearse ella sola la matrícula del próximo curso.

Mientras empuja la pesada puerta, ha recibido ya un centenar de mensajes y de desesperadas llamadas de ayuda. Su móvil no deja de vibrar.

—Zoé, ¡ya está! ¡Para! ¡Ya estoy aquí! Pero te aviso: no vas a entrar.

Alice conoce bien la cara de cachorrito que su prima sabe poner a su antojo, convencida de que sus mejillas rosadas y sus grandes ojos marrones, que to-

davía tienen cierto brillo infantil, son capaces de hacer ceder a cualquiera.

—¡Venga, Alice! ¡Deja de comportarte como una cría!

—No me... ¡¿Quieres que me echen del trabajo?!

—¡Que no se va a dar cuenta nadie! ¡Te lo juro!
¡Venga! ¡Déjanos entrar!

Alice suspira. Es incapaz de resistirse a Zoé y ella lo sabe. Sobre todo cuando pone esos ojitos de cordero degollado. Algún día tendrá que preguntarse por qué siempre se deja llevar por las historias de su prima. ¿Se siente en deuda con ella porque forma parte de la poca familia que le queda? Desde la muerte de sus padres, en Zoé encontró a una confidente atenta: paciente durante su depresión y tolerante con su lado, aún hoy, un poco retraído. Una amiga que la ayudó a volver a ponerse en pie.

—¡Venga! —insiste Zoé mientras Alice continúa dudando.

—¡No te das cuenta del riesgo que supone para mí!

—Pero ¡es una oportunidad única! Y si te echan del trabajo, mañana mismo encontrarás otro genial, estoy segura.

—¡No es tan fácil!

El estrés aumenta, Alice mira a su alrededor. Tiene que conseguir convencer a su prima de que se vuelva por donde ha venido. Pero ella insiste, con la sonrisa cada vez más grande.

—¡Que sí! Y si te hace falta algo de dinero, ya sabes que mi madre te dará lo que necesites.

—¡No quiero que me dé nada!

—¡Es tu tía! —se rebela Zoé—. ¡No pasa nada! ¡Déjalo ya! Bueno, pero no estamos hablando de eso. Te juro que seremos muy sigilosas. Además, ya es demasiado tarde, ya hemos trepado por el muro. Si tenemos que volver atrás, seguro que nos pillan. Es un milagro que hayamos llegado hasta aquí.

—¡No es problema mío!

En ese momento, cuando está a punto de cerrarles la puerta en la cara, un ladrido resuena no muy lejos. Zoé da un salto, asustada, y mira a su prima con los ojos desorbitados por el miedo. A Alice se le acelera el pulso. De pronto tiene mucho calor. Nota el bombeo de la sangre en las sienes y, sin pensárselo dos veces, para evitar que los de seguridad pillen al grupo de muchachas que esperan tras la puerta, las deja pasar.

Se arrepiente enseguida, pero las cuatro chicas, capitaneadas por su prima Zoé, ya han conseguido entrar, empujándola contra la pared.

—¡Zoé! ¡No me habías dicho que erais tantas! Además, cuando me contaste vuestro plan, te dije que no. Esto no me mola nada, la verdad.

Alice lo ha dicho con un tono seco. Queda poco para que empiece el concierto, cuanto más tiempo pasen apelotonadas en ese minúsculo pasillo, más grande es el riesgo. Del exterior les llega una corriente de aire frío que les roza las mejillas y hace que se les ponga la piel de gallina.

Pero Zoé le guiña un ojo y le da un beso muy fuerte en la mejilla.

—¡Venga ya! Cambia esa cara. Ya estamos aquí, ¿qué más da?, deja de enfurruñarte, ¿vale?

—No —farfulla Alice.

Vuelve a cerrar la puerta. Zoé y sus amigas ya están corriendo por el estrecho pasillo que lleva hasta la parte de atrás del escenario. Alice abre la boca en un grito mudo e inútil. Lo que está claro es que, si llegan hasta allí sin autorización, las descubrirán y las echarán al instante.

Las chicas, muy emocionadas, ya no le prestan atención y se escabullen, desapareciendo tras la esquina.

—¡No!

Esta vez Alice no ha gimoteado, ha gritado.

Mientras recorre el pasillo, se pasa la mano por el pelo imaginándose la cantidad de problemas en los que está a punto de meterse.

Cuando Alice dobla la esquina por la que Zoé se ha volatilizado, ya es demasiado tarde. No queda ni rastro del grupo. La joven, desanimada, se apoya contra la pared y deja caer la cabeza contra la dura superficie. Cierra los ojos y decide comenzar a calmarse antes de intentar idear cualquier plan. Entrar en pánico nunca ha ayudado a nadie. Para relajarse un poco, se concentra en los aromas tan típicos de los bastidores del estadio: el metal de los andamios y construcciones diversas que hay allí almacenados se mezclan con el olor a cerrado.

Tras unos minutos de inmovilidad en los que solo se ha concentrado en respirar, Alice consigue calmar poco a poco los latidos de su corazón. Se permite entonces volver a pensar. «¿Cómo salgo de esta?» Primero tiene que encontrar a Zoé antes de que la pillen. Después, acorralarla bajo una escalera y meterle plomo en el cerebro.

Alice suspira y vuelve a abrir los ojos. Tiene poco tiempo. Pero cuando se aparta de la pared y se dispone a retomar el camino, se queda paralizada. No está sola en el pasillo. Uno de los miembros de 7X está de pie, de espaldas, a unos pasos de ella. Las mangas del jersey, demasiado largas, le llegan hasta la mitad de las manos. Tiene los dedos enredados en el pelo y se despeina unas mechaz azules.

Su corazón da un vuelco. No están encendidas todas las luces del pasillo; pero ¿será Heejoon, el rapero?

«No, por favor, él no. Si es él y se da la vuelta me va a dar un infarto.»

Heejoon es su miembro favorito del grupo, desde el principio, cuando solo era un trío, con Sun y Changmin. Sus letras la han marcado en lo más profundo de su alma, acompañándola justo después de la muerte de sus padres en un horrible accidente de coche.

*No hay nada más horrible que negarse a soñar
de nuevo. Lo sé.
Sin embargo, hoy
soy incapaz de hacerlo.
Soñar de nuevo es imposible para mí.*

Esa voz le susurraba al oído por las noches en su cama, mientras ella cerraba los ojos, ya ardientes por las lágrimas. Podía sentir que el ritmo de la dicción y de los latidos de su corazón se acompasaban.

*Sigo en la Tierra porque no tengo otra opción.
Los demás avanzan y yo, yo estoy atrapado aquí.*

Ella también se siente atrapada en esta Tierra sin sus queridos padres. No se imaginaba que una voz pudiera emocionarla tanto. En esta canción, Heejoon le hablaba directamente a su alma.

*Ya no tengo ningún sueño que me haga avanzar,
nada que me impida no moverme más.
Me quedo quieto, sin un sueño que me obligue a caminar.*

A unos metros de ella, el joven cantante se da la vuelta muy despacio. Sí que es él, es Heejoon. Sus ojos rasgados no tardan en fijarse en ella, sus miradas se cruzan y el tiempo se detiene. Alice, emocionada, no puede ni respirar; teme que el simple hecho de llenar los pulmones de aire ponga en riesgo esta conexión.

Inmóvil, Alice deja que el chico se acerque a ella. Y conforme se aproxima, su corazón se acelera, late más rápido, más fuerte. No puede dejar de mirarlo: los pómulos altos, la barbilla cuadrada, los labios carnosos. No es solo la emoción de encontrarse con

una estrella o con un cantante a quien le encanta escuchar; es más que eso. Es como un terremoto, una inversión de los polos terrestres o una explosión del universo; algo que la mantiene sumida en esa mirada sombría que brilla cada vez más conforme él se acerca. Sus ojos son como dos llamas que la consumen.

Los latidos de su corazón, cada vez más intensos, le suben por el cuello, como si le poseyeran la garganta, y hacen que le zumben los oídos. Nunca había sentido algo así. Alice entreabre la boca para aspirar el oxígeno que le falta, para intentar recuperar su cuerpo, que se le escapa y ha dejado de obedecerle. Y él, Heejoon, se acerca cada vez más. Con cada paso suyo, ella siente que su cuerpo le pertenece cada vez menos, hipnotizada por la mirada del chico.

«¿Se dará cuenta del estado en el que me tiene?»

Cuando está a menos de un metro de ella, se detiene, y Alice siente que el corazón se ha apoderado de todo su pecho. Tiene que decir algo. Ya, piensa. Nota como si un montón de chispas le recorrieran el cuerpo. Las piernas ya no pueden sostenerla. Sin embargo, tampoco puede derrumbarse ni diluirse. No tiene por qué salir corriendo. Un simple «hola» es una buena idea, se dice. Solo para no quedar como una idiota. «Hola» o «Buenas tardes», ¡cualquier cosa!, se repite.

¡Ya!

¡¡Ya!!

—¡Buhola!

«¿Buhola?»

Su voz suena extraña, rompiendo el silencio de este instante que le ha parecido eterno.

«¡Serás idiota!»

Heejoon enarca una ceja, con las pupilas aún clavadas en las suyas.

«Puedo oler su colonia. ¿Este aroma tan increíble es su colonia?»

Es similar a la pimienta, fuerte, intenso.

—나는 이해하지 못해요 (*naneun ihaehaji moshaeoyo*).¹

«¿Que... qué?»

«¡Claro! ¡No habla mi idioma! ¡Es verdad!»

«Puede que entienda “Hola” o “Buenas tardes”, pero “Buhola” no debe decirle gran cosa. Al final he evitado quedar como una tonta. Menos mal.»

—안녕하세요 (*annyeonghaseyo*)² —intenta chapurrear Alice.

Aunque habla algo de coreano, bastante bien para una chica que ha empezado a estudiarlo hace solo dos años, en una situación tan estresante su pronunciación se parece más a un chillido de rata.

Sin embargo, Heejoon se queda impassible, con los labios perfectamente alineados, estirados en una ligera sonrisa que hace que le aparezca un minúsculo hoyuelo en la mejilla derecha.

Inmóvil como una estatua, Alice deja de respirar por completo, esperando la reacción del chico que tie-

1. No te entiendo.

2. Hola.

ne enfrente. En ese instante, una mecha de pelo azul elige caer sobre los ojos de Heejoon y rozarle la ceja. Él intenta volver a colocarla con un movimiento de cabeza, pero se vuelve a caer, cubriendo de misterio parte de su mirada concentrada en Alice, capturando eso que a ella le encantaría poder descifrar.

—*Hey. Are you OK?* —pregunta él con una voz dulce.

—*Sí... Yes... Sorry.*

Queda claro que no sabe qué más decir. Esta vez él sí que se va a reír, seguro. En cambio, se acerca, levanta una mano, coge uno de los rizos castaños que se le escapa del moño y se lo coloca detrás de la oreja. Cuando nota que sus dedos la tocan, siente una descarga eléctrica: un largo escalofrío que empieza en la nuca y desciende por la columna vertebral. Los dedos de Heejoon dejan un rastro cálido sobre su piel.

—*Don't be sorry* —murmura.

Habría sido más fácil si él no hubiera vuelto a abrir la boca con esa voz calmada, lenta y dulce. No conseguirá volver a emitir ni un solo sonido, esta vez de verdad.

«Me voy a desmayar.»

La tensión es casi insoportable. Alice no quiere que la especie de burbuja que se ha creado entre ellos se rompa, pero, al mismo tiempo, la proximidad se está volviendo insoportable.

Hasta que un grupo de niñas alocadas aparecen tras la espalda del joven rapero y acaban con el encanto.

—¡Alice! ¡Nos tenemos que largar!

Se nota la urgencia en la voz de Zoé, y su prima entiende que por fin es consciente de la realidad de la situación. Ha entrado en pánico. Alice debe dejar de mirar a Heejoon y una sensación de frío se apodera de ella. La extraña burbuja que se había formado a su alrededor estalla.

—¿Zoé? ¡No! No me digas que...

—¡Sí!

Alice quiere volver a centrar su atención en Heejoon, olvidarlo todo y no ver nada más. Pero ya no está. La ha rodeado y se aleja a paso rápido. Seguramente porque siente la mirada de Alice en la espalda, se da la vuelta un instante, se lleva una mano a la frente e inclina la cabeza para saludarla. La mecha azul se le vuelve a deslizar sobre la frente, secuestrando la luz profunda de su mirada. Durante un breve momento, el tiempo se ha vuelto a parar y no hay nadie más que ellos dos en un pequeño pasillo, a pesar del ruido y del pánico de las cuatro chicas que están a su lado.

Pero solo es un instante fugaz.

Zoé, presa del pánico, ni siquiera se ha dado cuenta de con quién se acaba de cruzar mientras corría y lo empujaba en mitad del pasillo. Cuando llega hasta su prima, la agarra por la manga y tira de ella con fuerza.

—¡Date prisa! ¡Los de seguridad nos pisan los talones!

—¡Zoé! ¿Qué ha pasado? ¿Cómo te las has apañado para que te pillen tan rápido?

Zoé adelanta al grupo de chicas que corren hacia la salida.

—Por ahí no. Os cogerán en cuanto abramos la puerta y me despedirán al instante. ¡Por aquí!

Alice indica un camerino abandonado que ahora sirve de trastero. Empuja la puerta esperando encontrarse sumida en la oscuridad...

Las cuatro muchachas irrumpen en la sala entre empujones y a punto de caerse a los pies de dos hombres. Su entrada triunfal ha interrumpido una conversación que parecía más que animada.

—¡¡¡Sun!!! —gritan las amigas de Alice al unísono.

El líder y vocalista del grupo 7X tiene la mano en el aire, lo han interrumpido en mitad de una frase. Bajo el espeso cabello castaño y despeinado, unos aceRADOS ojos negros las fulminan con la mirada. Aprieta la mandíbula. La discusión que han interrumpido era particularmente agitada. Alice se ha quedado de piedra, no ha llegado ni a quitar la mano del pomo de la puerta.

Debería haberse quedado atónita por volverse a encontrar frente a su ídolo, pero la domina un sentimiento de decepción. Esta vez sí que está acabada...



Kim Séong, el productor de los 7X, saca un walkie-talkie y empieza a dar órdenes breves. Luce una barba

dura que le cubre el mentón de forma irregular; sin embargo, parece bastante joven. No mucho mayor que el cantante de los 7X. Tras unos minutos, dos hombres enormes entran en la sala, sacan a las chicas a la fuerza y las llevan a la sala de seguridad. Cuando vuelve la calma, parece que ya no está tan enfadado como unos momentos antes. Puede que empiece a ver alguna solución al problema que le ha creado su protegido, pero todavía tiene que pensarlo, establecer una estrategia con paciencia, que sea coherente y cumpla con su cometido, el mismo de siempre: impulsar su carrera, aunque suponga ir contra su voluntad. Y no hace falta decir que no se lo está facilitando últimamente.

Enfrente, Sun tiene los nervios a flor de piel. Golpea con las manos cualquier cosa que se le cruce: las paredes, a sí mismo, los cartones amontonados a su alrededor...

—¿Por qué no has echado a estas colgadas? —pregunta Sun.

—Pero ¿qué crees? Estábamos hablando en coreano, ¡no se han podido enterar de nada! ¿De qué tienes miedo? ¿De que vayan a contar que estabas discutiendo con tu productor? ¡Si ni siquiera me habrán reconocido!

—¿A qué juegas? —Sun está perdido.

—Cállate. Estoy pensando —dice Kim.

El cantante visiblemente molesto, levanta las manos hacia el techo y se aleja. La sala se queda en si-

lencio. Le resulta tan inquietante que termina preguntando:

—Y ¿necesitas que me quede sentado a tu lado mientras piensas, o puedo largarme? Te recuerdo que tengo que subir al escenario en breve. De hecho, te habría agradecido que no me hubieras comido el coco ahora con esta estúpida historia, y...

—¿«Esta estúpida historia»? —interrumpe Kim—. ¿«Esta estúpida historia»?

Vuelve a estallar la ira.

—¡Sun! ¡Deja de subestimarlo! Tendrás que pedir disculpas públicamente. ¡Eres el líder del mejor grupo de K-pop, ya no solo de Corea sino de todo el mundo, y tu cuota de popularidad entre las fans coreanas está cayendo en picado!

Sun se muerde el labio. Sabe que es culpa suya. ¡Le debe mucho a Kim! Ya no sabe dónde meterse y vuelve a intentar elaborar una defensa torpe:

—¡No entre las francesas! ¡Ellas me quieren, y no me consideran suyo! ¡Al contrario de las fans coreanas, que se creen que soy su marido!

—Cállate. Ya sabes cómo funciona esto. Y te recuerdo que has sido tú el que acaba de pedir que echemos a la calle a unas cuantas, como si fueran unas indeseables.

Sun suspira. No se perdonará nunca lo que ha hecho. Se pasa la mano por el pelo y lo reconoce:

—Es verdad. Fue un resbalón. Ya sabes cuánto lo siento.

—Lo sé.

—Pero ¡es solo un rumor! —Sun se vuelve a irritar—. Excepto con Yoo, que ahí sí, lo reconozco, la cagué. Pero ¡no salgo con tres chicas a la vez! ¡Las fotos están borrosas, no se ve nada! ¡Todo esto es una locura!

—Eso ya lo sé —responde Kim, aún muy frío, intentando que se le ocurra algo—. Deja que encuentre una solución, ¿de acuerdo?

El cantante vuelve a levantar las manos como muestra de rendición, pero en el interior le hierve la sangre. No sabe por qué le duele tanto. Ha suscitado rumores durante toda su carrera, pero nunca como este. No sabe qué es lo que más daño le hace: que los fans lo castiguen, que después de todos estos años piensen que se comportaría tan mal con las mujeres o haber sido él mismo quien ha provocado todos estos cotilleos por culpa de sus estúpidas reacciones.

Ahora carga con una etiqueta de mujeriego sin escrúpulos, bastante alejada de la imagen de caballero y hombre ideal que se supone que debe mostrar. Suspira. Ya da igual.

—Siento mucho lo que pasó con Yoo —murmura.

—La verdad es que fue una estupidez —lo corta Kim, todavía inmerso en sus pensamientos—. Si estuviéramos hablando de la mujer de tu vida, pase, pero esa actriz... No podrías haber elegido peor. Tiene una reputación horrible en el mundillo, donde no es conocida precisamente por ser la gentileza personificada.

—No siento nada por ella, de veras. Estaba deprimido y se aprovechó, me pilló en un momento de debilidad.

Lo que está claro es que Kim se desvive por él. Sin su amigo, nunca habría llegado hasta aquí. Estará en deuda hasta el fin de sus días por todo lo que ha hecho por él. Cuando decepciona a su productor, la joven estrella se siente tan mal que no sabe qué hacer. Es consciente de los grandes sacrificios que Kim ha hecho a lo largo de estos últimos años: le ha construido una vida increíble, como la que siempre había soñado; en demasiadas ocasiones, a expensas de la suya propia. Y Sun no cree haberlo decepcionado nunca tanto como en este momento... ¿Cómo podrá recompensarlo?

Además, para variar, él se quedará esperando mientras Kim intenta sacarlo del lío en el que se ha metido.

—Te lo vuelvo a decir: las fotos están borrosas —lo intenta.

La verdad es que no sabe si eso lo podrá salvar, ya que, aunque no se reconoce a la chica, se ve que se está besando con una muchacha de pelo ondulado. Toda la prensa se apresuró a hacerse eco de la aventura, y todas las chicas coreanas un poco famosas y con el pelo ondulado pasaron a ser consideradas «su nueva conquista».

Kim despierta por fin de las reflexiones que lo tenían absorto y dice muy bajito:

—Esa es nuestra oportunidad. Las fotos desenfocadas, la identidad de la o las chicas con las que dicen que podrías estar saliendo...

—¿Cómo? —duda Sun, que no entiende por qué esa información le parece de pronto tan importante a su productor.

Kim se le acerca, lo agarra por los hombros y lo mira a los ojos, sin pestañear. Sun nota cómo algo se le encoge por dentro. A veces, su productor lo asusta mucho con esas expectativas tan altas. A Sun le gustaría que se relajase, que no hiciera un mundo de todo. ¡Tampoco pide tanto! No sabe qué idea retorcida se le acaba de ocurrir a Kim, pero no duda de que tendrá que aceptarla, por difícil que sea, para compensar su error.

—Esto es lo que voy a hacer: voy a proponer a alguna de las chicas que hemos pillado antes que venga con nosotros a Corea y que sea tu novia.

—¿Cómo? Pero... ¡Venga ya! ¿No es lo contrario de lo que queremos? —De pronto, un profundo cansancio se apodera de Sun. Kim continúa:

—¡No, créeme! La chica nos acompaña. No mucho tiempo, un mes, dos como mucho. Reconocemos que has tenido una aventura con ella. La enseñamos un poco, los fans internacionales pensarán que es muy cuqui, como siempre; las francesas estarán locas de alegría de saber que SUN, el único e inigualable Sun, ese con el que sueñan, ha elegido a una chica como ellas. Francia, el país del amor. ¡Es perfecto! Las coreanas estarán indignadas, pero se olvidarán de tu

imagen de donjuán. Además, como el resto de los cantantes que han tenido pareja y los han pillado *in fraganti*, pedirás perdón públicamente. Las fans coreanas te perdonarán ¡y todo este episodio tan desagradable quedará en el olvido!

Sun se toma su tiempo para asegurarse de que ha entendido bien lo que Kim le acaba de soltar.

—Pero ¡eso es manipulación! ¡Es todo mentira!

Sun tiene la sensación de que el corazón se le ha descolgado del pecho y que se ha caído hasta el fondo de su interior para desaparecer en un mar de angustia. No puede engañar así a sus fans. Es despreciable. Kim ve el pánico en su mirada.

—Es la única forma de salvar tu carrera. El rumor no desaparecerá, no tenemos más tiempo para pensar otra solución. Hace falta actuar. ¡Y enseguida!

Suelta los hombros de Sun, levanta el codo para subirse la manga del traje y mira el reloj.

—Venga. Tienes que prepararte, la decisión ya está tomada. Yo me ocupo de arreglar los detalles. Tú sal a cantar.

En el pasillo, arrastrando los pies, a Sun le entran ganas de vomitar. Las escasas luces amarillas hacen que se dé la vuelta. Siente como si ni su vida ni sus sentimientos ni su honor le pertenecieran. ¿Su sueño merece tantos sacrificios? Conforme se acerca a los camerinos, lo alcanza el barullo de las primeras fans en el foso delante del escenario, su corazón sale del estancamiento profundo y se le encoge.

Va a cantar para ellas como nunca. No tiene derecho a acabar con todo. No tiene derecho a decepcionarlas, ni a ellas, ni a Kim, ni a su padre. No tiene derecho a decepcionar a todos aquellos que han creído en él desde siempre.

Entra en su camerino para terminar de prepararse, pero una tristeza terrible atenaza su corazón. Coge la carpeta del asiento que está frente al espejo. Hace una hora estaba ahí sentado con la maquilladora, ahora tiene la impresión de hundirse cada vez más en la desesperación. Ha cometido un error. ¿Lo castigarán por el resto de sus días por ese paso en falso?

Levanta la cabeza y se cruza con su propia mirada oscura en el espejo. En general suele ver entusiasmo, cansancio, orgullo... Pero esta noche, por primera vez en su vida, solo ve tristeza, una tristeza inmensa. ¿Quién lo salvará?



Alice está acurrucada en la silla mientras mira la acreditación que le han confiscado, que reposa sobre el escritorio del encargado. En ese momento, se abre la puerta de la sala de seguridad. ¿Qué va a hacer ahora? No puede permitirse perder el trabajo.

La sala parece el decorado de una película de serie B. Austera, con un escritorio lleno de papeles que no se acaban nunca y pantallas de vídeo en blanco y

negro. Han metido a toda prisa las sillas para que las chicas pudieran sentarse y, con el desorden de sus mochilas, no queda ni un centímetro para moverse.

El hombre que discutía con Sun entra en la sala. Los vigilantes que las observaban en silencio desde hace una hora se levantan de inmediato. Debe de tratarse de alguien importante. El corazón de Alice empieza a latir aún más rápido.

«¿Además de los laborales, también tengo problemas legales?»

El hombre del traje oscuro se acerca al jefe de seguridad y murmura algo. La voz retumbante del forachón la sobresalta.

—Niñas, fuera. Ya. El señor Séong tiene la amabilidad de dejaros marchar, pero largaos ya. Mis hombres os acompañarán.

Ellas se levantan y recogen sus cosas sin demora, y cuando Alice se dispone a seguir las, el productor la detiene y le dice en inglés:

—No, tú no. Tú te quedas.

Alice se bloquea. Zoé también; le lanza una mirada de pánico, pero ella permanece impassible. Cuando eran pequeñas y las pillaban tras alguna travesura, Alice era siempre la que asumía la responsabilidad. Zoé sacaba a relucir su encanto para librarse, mientras su prima se enfrentaba a los adultos, testaruda y con los labios cerrados.

—Señor, ha sido todo culpa mía —suplica Zoé—. Si tiene que arrestar a alguien, es a mí.

Séong le lanza una breve mirada, oscura, implacable.

«Este tipo me da escalofríos.»

—Señoritas, les aconsejo que salgan de aquí si no quieren empeorar su situación. Nadie les va a dar otra oportunidad.

Su voz es gélida.

Alice siente cómo le tiemblan las rodillas. El esfuerzo de Zoé la honra, pero ella también es responsable de la situación, y además trabaja aquí.

—Vete, Zoé. Luego te llamo, no te preocupes —murmura.

Esta le lanza una señal muda: tiene los ojos llenos de lágrimas contenidas. Alice se da la vuelta. Está enfadada con su prima y lo único que quiere es que esta pesadilla acabe cuanto antes. Además, debe asumir sus errores. Arrancar el esparadrapo de un tirón.

Sin mirar, las oye salir de la sala junto a los agentes de seguridad. Séong cierra la puerta. Se quedan solos. El ambiente es digno de la Antártida. Alice sigue de pie, con la mochila y el abrigo en los brazos. Lanza una breve mirada al hombre impassible, que se desabrocha el botón de la chaqueta para dar soltura al tejido antes de sentarse en un sillón. Le indica con frialdad que se siente frente a él. Una señal autoritaria, aunque casi amable.

Alice obedece con el corazón todavía a mil. ¿Cuánto tiempo puede aguantar con un ritmo cardíaco tan disparado? Una vez instalada, el señor Séong deja

que pase otro incómodo silencio y cruza las manos sobre las rodillas.

—Bueno, señorita... ¿Señorita qué? —El tono del productor es neutro, impaciente, con una pizca de desprecio casi inapreciable; a ella se le pone la piel de gallina. Está en guardia.

—Alice Chastain.

El hombre coge su teléfono móvil y envía un SMS.

—¿Qué hace? —pregunta ella, aún más desconfiada.

Séong le responde con media sonrisa. Sus pupilas negras bajo los párpados rasgados brillan de inteligencia, no de compasión. Un escalofrío recorre la espalda de Alice. Este hombre no va a hacerle un regalo, eso seguro. Echa un vistazo a la puerta cerrada. Quizás no tendría que haber dejado que su prima se marchara. Se abraza, como si de pronto tuviera mucho frío, aunque hace un momento, en los bastidores del estadio, hacía muchísimo calor. Séong sigue mirándola con la agudeza de un halcón. De repente, rompe el silencio:

—Y dígame, Alice Chastain, ¿tiene usted buena reputación?

La chica levanta la cabeza y lo mira, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—¿Qué ha dicho? ¿Cómo se atreve a preguntarme eso?

Su respuesta no hace más que provocarle una carcajada divertida.

—Cómo son estos occidentales. No me responda si no quiere, aunque ya hemos empezado nuestra investigación. Dentro de poco, sabremos todo lo que esconde de su pasado.

Alice se pone derecha, con la espalda todo lo recta que puede, hecha una furia. ¡Ya está bien! ¡Que le diga lo que quiera! Ella ha cometido un error y acepta enmendarlo, pero no dejará que la insulten más. Abre la boca para responder cuando el teléfono de Séong vibra. Levanta un dedo para impedirle que hable, consulta el SMS que acaba de recibir y vuelve a poner esa media sonrisa glacial.

—Perfecto, señorita. Ahora estoy seguro de que hará exactamente lo que le pida.